JOSÉ FERNÁNDEZ DEL VILLAR

El Otelo del barrio

SAINETE

EN TRES CUADROS, ORIGINAL

CON MÚSICA DEL MAESTRO

JACINTO GUERRERO



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1921

EL OTELO DEL BARRIO

EL OTELO DEL BARRIO

SAINETE

en tres cuadros, original

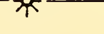
DE

JOSÉ FERNÁNDEZ DEL VILLAR

con música del maestro

JACINTO GUERRERO

Estrenado en el TEATRO DE APOLO la noche del 24 de junio de 1921



MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.°

TELÉFONO. M. 551

1921

Para mi querido y buen amigo Rafael Moreno, en recuerdo de una profecía y en cumplimiento de una promesa.

Con toda simpatía,

J. Fernández del Villar.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SAGRARIO	Rosario Leonís.
SEÑÁ DOLORES	Elisa Moreu.
MARÍA LA LOCA	Sara Fenor.
LA SUEGRA DE JUAN BRAVO	Luisa Quirós.
MANOLITA	Matilde López.
REMEDIOS	Amalia Suárez.
LA MUJER DE JUAN BRAVO	María Bufalá.
UNA VECINA	Juana Aparicio.
DON DIEGO	Casimiro Ortas.
JUAN BRAVO	Carlos Rufart.
JOSÉ MANUEL	Manuel Alba.
MISTER CROOKE	Fernando G. Fresno.
PAQUILLO MANSO	José Barranco.
MANOLILLO	Pilar Saturnini.
UN VECINO	Ricardo Cereceda.

La acción en Málaga.—Época actual

Por haberse indispuesto el Sr. Ortas, a los pocos días de estrenada esta obra, se encargó de sustituirle en su papel el primer actor Sr. Fernández; le damos las gracias.

EL OTELO DEL BARRIO

CUADRO PRIMERO

Patinillo de una casa de vecindad en el barrio de la Trinidad, de Málaga, donde tiene establecido Sagrario su taller de plancha. Al foro, portalón pintado de oscuro que da a la calle. A la derecha, en primer término, uua puerta y a la izquierda otra; la de la izquierda comunica con las habitaciones donde vive Sagrario en compañía de su madre y de su hermano, y la de la derecha con las que ocupan Don Diego y su hijo José Mauuel. Corredor al foro que se supone conduce a otros cuartos de la vivienda. Un pozo hacia la derecha del patinillo. Entre el corredor del foro y la puerta de Sagrario una mesa grande cubierta hasta el suelo por una sábaua blanca y junto a la mesa un anafre con planchas y una canasta grande, de mimbre, con ropa. Por la escena dos o tres sillas de eneas. Arriates con flores y macetas. Cubriéndolo todo el cielo azul.

Es de día y en el mes de Abril.

—

(Al levantarse el telón aparecen en escena SAGRARIO, MANOLITA, REMEDIOS y JOSÉ MANUEL. Sagrario es, como ya se ha dicho, maestra del taller y Manolita y Remedios oficialas suyas; las tres son jóvenes y guapas. José Manuel es un mozo arrogante y simpático, novio de Sagrario. En el momento en que los presentamos al público, José Manuel y Sagrario están de gresca y Manolita y Remedios procuran, sin conseguirlo, poner paz entre los enamorados.)

Música

José Manuel. ¡Infame!
Sagrario. ¡Rastrero!
Manolita. ¡Sagrario!
Remedios. ¡Por Dios!
Sagrario. ¡Charrán! ¡Traisionero!

Manolita. ¡Pero a ver quién se caya primero!
Remedios. ¡Pero a ver si os cayáis ya los dos!

—

José Manuel. ¡Si la he de matar!
Sagrario. (Con sorna.) ¿Tú a mí?
José Manuel. ¡Lo has de ver! ¡Lo puedo jurar!
Sagrario. ¡Y es fásir que sí,
que vaya a morir
de la risa que de oirte me da!
¡Ja, ja, ja, ja!

—

José Manuel. ¡Mala mujé!
Sagrario. ¡Tío ladrón!
Manolita. ¡José Manuél...
Remedios. ¡Por compasión!...
José Manuel. ¡Y que la haya yegao yo a queré!...
Sagrario. ¡Y que le haya yo dao er corasón!
José Manuel. ¡No la quieo ni vé!
Sagrario. ¡Ni yo a ti, ladrón!
Manolita y Remedios.
¿A que vamos a la prevensión?

—

José Manuel. ¡Míralas aquí jurás,
por la gloria de mi madre
que te tienes que acordar!

—

Sagrario. ¡Míralas jurás aquí,
que me maten si en la vía
me vuervo a acordar de ti!

—

¡Y vete ya!
¡Largo de aquí!
José Manuel. ¡Me las has de pagar!
Sagrario. ¡Pos mejor para ti!
Manolita y Remedios.
Pero, ¿váis a cayar?
¿Cómo se ha de desir?

—

José Manuel. ¡Malhaya quien se fía de mujeres
y en eyas pone un poco de ilusión!
Sagrario. ¡Malhaya quien se fía de los hombres
y entrega con la vía er corasón!
José Manuel. ¡Mujeres, todas malas, todas malas!
Sagrario. ¡Los hombres son muchísimo peor!
José Manuel. ¡Marditas las mujeres!
Sagrario. ¡Y los hombres!
José Manuel. } ¡Marditas sean de Dios!
Sagrario. } ¡Marditos sean de Dios!
(Cesa la música.)

Hablado

Sagrario. ¡Y ya mismo estás plantao en lo ancho e la caye!

José Manuel. ¡Y ya mismo que me voy, pero por mi gusto, no porque tú me eches; que tanto es tuya esta casa como mía!

Sagrario. ¡Pos me mudaré!

José Manuel. ¡Me mudaré yo antes!

Sagrario. ¡Mejor!

José Manuel. ¡Ganas tienes de perderme de vista!

Sagrario. ¡No sabes cuántas!

José Mannel. Pos te arvierto que, dentro o fuera, lo que acabo de hasé con er guardia, lo he de repetí con to er que coja hablando contigo. ¿Te enteras? ¡Pa que no te confíes!

Sagrario. ¡Granuja!

Manolita. (Conteniendo una acometida de José Manuel hacia Sagrario.) ¡Por Dios, José Manué!...

Sagrario. ¡Dejarlo, que no hase ná!

José Manuel. ¡Sagrario!...

Sagrario. ¡Así permita Dios que te sargan viruelas hasta en los cordones de las botas! ¡Un tiro escapao te atraviese er pecho de parte a parte! ¡Granuja! ¡Sinvergüensa! ¡Anda ya y vete donde yo no te vea, donde no oiga ni de mentá tu nombre aborresío; que ya me pagarás tu mala arsión! ¡Y no las eches de valiente porque tú de más sabes que con toas tus bravatas me limpio yo las narises! (Haciéndole un mohín de profundo desprecio.) ¡Ah!

José Manuel. (Diciendo lo que sigue al mismo tiempo que Sagrario dice lo anterior.) ¡Ya te he dicho que a mí no me tiene que mardesí nadie y menos tú, que pa mí has concluío! ¿Y tú ves esto... tú ves esto que tú hases conmigo esta mañana? ¿Echarme de tu lao como si fuea un perro? ¡Pos eso te ha de costá sangresita e las venas! ¡Míralas aquí jurás, que me coja un tranvía si no te acuerdas tú der santo de mi nombre! (Correspondiendo al mohín de ella con otro exactamente igual) ¡Ah! (Y sale a la calle de estampía como alma que lleva el diablo.)

Manolita. (A Sagrario, que pasea por el patinillo hecha una furia.) ¡Pero vamos, mujé!...

Remedios. ¡Sagrario, que no se diga! ..

Sagrario. (Deteniéndose en sus paseos.) ¿Habéis visto?... ¡Pos lo quiero con toa mi arma!

Manolita. ¡Se conose!

Sagrario. Lo que tiene es que me saca de quisio,

me provoca con sus condenás seleras y me hase hablá lo que no siento.

Remedios. La verdá que lo de hoy no armite discurpa

Sagrario. Ni lo de hoy, ni lo de ayé, ni lo de pasao mañana. ¡Es insoportable! Lo consumen los selos y se ensela... ¡hasta de una colifló que yo mire! ¡A ve si hay derecho!...

(Por el foro aparece DON DIEGO, padre de José Manuel; es un hombre de cincuenta y tantos años, de pelo gris y barba descuidada, que se dedica a la ajetreada ocupación de cicerone.)

Don Diego. ¡Salú y pesetas!

Remedios. ¡Güenos días, don Diego!

Sagrario. (¡Er padre!)

(Manolita y Remedios se ponen a planchar.)

Don Diego. (Encarándose con las tres muchachas.) ¿Se pué sabé que le han hecho ustés a mi hijo, que va caye abajo que embiste?

Manolita. (Con malicia.) ¿Embiste ya? ¡Sagrario!...

Sagrario. No seas guasona.

Don Diego. Arguna bronca, ¿eh?

Sagrario. Por no variá; sí, señó. ¡La primera der día! Pero por esta vez se me antoja que va a ser también la úrtima.

Don Diego. ¿Cómo es eso, muchacha?

Sagrario. ¡Que antes me dejo armidoná que vorvé a darle la conversasión a su hijo de usté!

Don Diego. ¿Tan gorda ha sío la cosa?

Sagrario. ¡Usté carcule por las señas!

Don Diego. ¡Vamos, discúrpalo! ¡Ya conoses su genio, mujé!... Pero él es güeno y te quiere...

Sagrario. ¡Matá es lo que me quiere!

Don Diego. ¡Er defertiyo de los selos!

Sagrario. ¡Jinojo con er defertiyo!

Don Diego. Na, después de tó. ¡Heredao de su padre! Yo siempre he sío pa las mujeres un moro. Y er que lo hereda no lo hurta. Y dichoso aquer que a los suyos se parese. Pero, por lo demás, José Manué—tú lo sabes—es trabajadó y buscavidas y servisiá y generoso... ¡Lo que se dise un hijo modelao!

Sagrario. ¡Pa que lo aguante su padre!

Don Diego. ¡Güeno está, mujé! Pa que lo aguante su padre, que lo aguanta con muchísimo gusto; eso es aparte. Y pa que lo aguante su novia también. ¿Por qué no?

Sagrario. ¡Porque la novia se ha rajao der peso!

Don Diego. (Acercándose a Sagrario con solicitud paternal.) ¡Vamos! ¡Ven acá!

Sagrario. (Rechazándole.) ¡Déjeme usted, don Diego, que estoy negra!

Don Diego. Pos no dise que está negra... ¡Presiosa es lo que estás!

Sagrario. Muchas grasias.

Don Diego. ¡Pero presiosa!

Sagrario. ¡Que Dios se lo pague a usté!

Don Diego. ¡Presiosísima!

Sagrario. ¡Ya me he enterao, don Diego!

Don Diego. Dime. Cuéntame. ¿Qué ha pasao? ¿Por qué ha sío er dijusto? A lo mejó es que yegó aquí José Manué y te cogió hablando con uno, y como er te tiene dicho que no hables con nadie...

Sagrario. Sí, señó; pero eso, ya comprenderá usté que no pué sé, que pa eso hase farta que me meta dentro de un faná y me coloque en lo arto de la cómoda... ¡Y así y to!...

Don Diego. ¿Lo estás viendo?

Sagrario. ¿Er qué?

Don Diego. Na, mujé, na.

Sagrario. ¡Porque, vamos, hasta ahí podían yegá las cosas!

Don Diego. No te sofoques y cuéntame er suseso.

Sagrario. Usté verá lo que ha sío. Estas lo han presensiao. Estábamos aquí las tres planchando tan tranquilas, cuando yegó Paquiyo Manso, er munisipá, a darnos los güenos días. ¡Ya ve usté que pecao!

Don Diego. Paquiyo Manso, er munisipá, que bebe los vientos por ti y que se le derriten los botones de la guerrera en cuanto te ve, aunque sea a distansia.

Sagrario. ¿Y tengo yo curpa de gustarle al hombre?

Don Diego. Pero mi hijo lo sabe y no le hase grasia que hables con é. Sigue.

Sagrario. Si empiesa usté a ponerse de parte de su hijo hemos acabao.

Don Diego. Yo, no. ¡Sigue!

Sagrario. Pos güeno; no había hecho más que entrá Paquiyo Manso cuando se presentó, de pronto, José Manué y, sin que nos diéramos cuenta, lo mismo fué ver ar guardia que liarse a tortas y a patás con er pobresito, que no quiera usté sabé la que se ha armao aquí. ¡Una bataya, don Diego! ¡Y menos mar que er guardia ha estao prudente y no ha abierto su boca!

Don Diego. ¡Entonses ha sío la bataya der Cayao!

Sagrario. ¡Ni más ni menos!

Remedios. Y lo grasioso es que ha desaparesío de nuestra vista sin que nos hayamos enterao por dónde.

Don Diego. ¿Quién? ¿Paquiyo?

Manolita. Entre la buya e las tortas se nos escabuyó como un fantasma.

Remedios. ¡Es que hay que vé cómo arreaba José Manué, que era un ventiladó!

Manolita. ¡Verde lo habrá puesto!

Sagrario. ¿Y está eso bien? ¿Le parece a usté bien que su hijo, sin más ni más se enrede a repartí bofetones como quien reparte prospertos?

Don Diego. ¡Mira, Sagrario, eso no me lo digas a mí, eso cuéntaselo ar guardia!

(De la canasta sale, maltrecho y compungido, PAQUILLO MANSO, guardia municipal, joven, vestido con uniforme de verano. Inútil es decir el asombro que su presencia produce en todos.)

Paquillo Manso. ¿Ha pasao er siclón?

Sagrario.
Manolita. } ¡Paquiyo!
Remedios.

Don Diego. (¡Arrea! ¡Er guardia!)

Sagrario. Pero, ¿cómo está usté ahí?

Paquillo Manso. ¡Jecho porvo!

Sagrario. ¡Criatura!

Paquillo Manso ¡Mardito sea el Ayuntamiento! (Intentando salir de la canasta sin conseguirlo.) ¡Jasé er favó de ayudarme!

Manolita. ¡Con la má de gusto! (Manolita y Remedios acuden en auxilio de Paquillo y le ayudan a salir de la canasta.)

Paquillo Manso. ¡Estoy molío! (A Sagrario.) Por supuesto, niña, que le dé grasias su novio de usté ar condenao uniforme que visto, que si no fuera por el uniforme ya le habría yo dicho a estas horas cuántas son dos y dos. Pero pudiera paresé que pretendía abusá de mi autoridá y no quiero.

Don Diego. Agradesío a su deferensia, guardia, en nombre de mi hijo, que es er novio de la joven.

Paquillo Manso. (Dirigiéndole a don Diego una mirada indefinible.) Que Dios se lo conserve a usté muchos años.

Don Diego. Y usté que lo vea.

Paquillo Manso. Que yo lo vea va a sé argo difísir después de lo que ha pasao aquí esta mañana. ¡Me juirá sielo y tierra er mosito! ¡Y más le ha de valé!

Don Diego. ¡Seguro!

Paquillo Manso. (A Sagrario.) Y usté, niña, mientras le dure a usté ese novio jaga usté er favó de colocarse ar pecho un cartelito que diga lo que disen los de las máquinas elértricas: «No tocá. Peligro de muerte.» ¡Es un consejo!

Sagrario. ¡Será usté servío!

Paquillo Manso. ¡Pa que, por lo menos, sepa uno a

qué atenerse! Y er que quiera picá que pique, pero que se entere, si pica, de que lo pué cogé er toro.

Sagrario. Conforme.

Paquillo Manso. Y quearse con Dios. Güenos días.

Manolita. Güenos días, Paquiyo.

Remedios. Güenos días.

Paquillo Manso. (Encaminándose a duras penas hacia la puerta del foro.) (¡Na, que me la he ganao por pirandón! ¡Mardito sea el Ayuntamiento!) (Sale a la calle.)

Manolita. Va desvensijao.

Remedios. ¡Pa bañarse en árnica!

(Sagrario se pone a planchar, y don Diego se sienta y lía un cigarro. Pequeña pausa.)

Don Diego. (A Sagrario.) ¿Y tu madre?

Sagrario. En la caye, que ha ido a entregá unas prendas.

Don Diego. ¿Y tu hermanito?

Sagrario. Durmiendo.

Don Diego. ¿Durmiendo, y son más de las dose?

Sagrario. Como va pa fenómeno...

Don Diego. Pa lo que va, siguiendo así, es pa gusano de sea.

Sagrario. ¿Y qué quiere usté? Mi madre tiene mandao que se le deje dormí hasta las tantas, no se vaya a malograí el angelito.

Don Diego. Pero, ¿tu madre sigue en la equivocasión de que ese niño pué ser torero?

Sagrario. ¡Andá! ¡Y con las esperansas que le ha dao don Juan Bravo, er representante de la Plasa de Toros, cuarquiera la apea de su burro!

Don Diego. ¡Valiente charrán de los Madriles está hecho er tar representante!

Sagrario. ¡La tirria que le tiene usté!

Don Diego. ¡La tirria que le tengo! Pués desirlo. Es un fantasmón que no lo paso ni con jarabe de Tolú. Y cuando yo, que lo paso tó, hasta los duros filipinos, no paso a una persona, dí tú que por argo será.

Sagrario. Porque es usté de manía como su hijo, porque, vamos, si no es por manía no sé a qué viene yamarle charrán a un hombre que nunca se ha metío con usté.

Don Diego. ¡Y Dios lo libre!

Sagrario. Er viene a visitarnos por el aqué de que mi hermaniyo quiere dedicarse ar toreo y porque va a vé si lo saca en la primera noviyá norturna.

Don Diego. Ese es er pretexto, er simbé, la carná pa engatusá a tu madre y ponerla de su parte; pero la verdá de lo que ese hombre viene buscando aquí, es otra...

Sagrario. ¿Otra?

Don Diego. Ese hombre, pa que tú te enteres, si pisa las losas de este patio, no es más que atraío por er revuelo de tus fardas. ¡Y no orvides que eso es lo que trae a mi hijo soliviantao!

Sagrario. ¿Selos también de don Juan?

Don Diego. ¡Y selos del aire que respiras!

Sagrario. Pero, ¿hay quién lo aguante?

Don Diego. Y con to y con eso no yega a mí, que de casao era y le hasía desnudarse a mi mujé a oscuras pa que no la vieran los retratos de mis amigos que teníamos en la arcoba.

Sagrario. ¿Es posible?

Don Diego. ¡Y tan posible!

Sagrario. ¡Acabáramos! Ahora me explico er por qué José Manué quiere que al acostarme vuerva yo der revés a un San Pedro pintao que tengo a la cabesera de mi cama.

Don Diego. (Entusiasmado.) ¡No me lo digas! ¿Es de veras?

Sagrario. ¡Vaya!

Don Diego. (Radiante de júbilo.) ¡Hijo de mi vida! ¡Copiao de su padre! ¡Tó copiao! ¡La herensia! ¡La herensia!

Sagrario. ¡Condená herensia! Bien le ha podío usté dejá sinco mir duros, en lugá de esas manías.

Don Diego. Ca uno deja lo que tiene.

(Por el foro entra sudorosa la SEÑA DOLORES; es una mujer de cincuenta años, de arrogante presencia y atractivo físico. Viste de oscuro y lleva sobre los hombros un mantón de crespón negro, liso, puesto en forma de chal.)

Señá Dolores. (Torciendo el gesto al ver a don Diego sentado y de palique con las muchachas.) Por lo visto se han creído argunos que esto es er patio der Sírculo Mercantí, sin pensá que aquí lo que menos farta hase es conversasión.

Don Diego. Señá Dolores, que se le han caído a usté los güenos días.

Señá Dolores. Pos si es usté fino agáchese usté pa recogérmelos, que eso es lo que hase toa persona educá cuando se le cae argo a una señora.

Don Diego. (¡Me majó!)

Señá Dolores. ¡Vuerva usté por otra!

Sagrario. ¡Mamá...!

Señá Dolores. Y a ti, hija mía, te compadezco. Estás condená a tener relasiones por partía doble; cuando no hablas con el hijo hablas con er padre. ¡Ni sé cómo tienes pasiensia!

Don Diego. Le partisipo a usté, señora, que con el hijo ya ha acabao de hablá y con er padre también.

Señá Dolores. ¡No caerá esa breva!

Don Diego. Pero que yo soy un vesino de esta casa y que como tar pueo sentarme en er patio cuando se me antoje, porque er patio es libre.

Señá Dolores. ¡Er patio, sí!

Don Diego. ¡Por eso!

Señá Dolores. ¿No tiene usté hoy ingleses a quien acompañá?

Don Diego. Esa es una de las veintisinco mir cosas que a usté no le importan.

Señá Dolores. Lo desía porque como hoy yega barco de Gibrartá y usté se dedica a siserone, me extrañaba verlo aquí sentao cuando debiera usté está en er mueye por sí caía piesa.

Don Diego. ¡Insisto en lo de las veintisinco!

Señá Dolores. (Con ironía.) Podía usté lusí su curtura enseñándole a los turistas la Arcasaba, la Catedrá, la Caleta y er Palo. ¡To der tiempo e los moros, como usté afirma! ¡Que ya es curtura!

Don Diego. (Tragando veneno.) ¡Güeno, mire usté, señora, me voy, porque si le contesto a usté las cuatro groserías que se me ocurren vamos a salí en los papeles!

Señá Dolores. ¡Y hase usté bien, porque si le respondo yo a usté con las cuatro guantás que me guardo se iba usté a tené que vorvé la ropa!

Don Diego. ¿Yo, vorverme la ropa?

Señá Dolores. ¡Lo de atrás alante, que de la primera bofetá le dejaba a usté la cara a la esparda!

Don Diego. ¡Señá Dolores!...

Señá Dolores. ¡Don Diego!...

Sagrario. (Conciliadora.) ¡Mamá!...

Don Diego. (Con marcado desprecio.) ¡No merese usté ni er saludo! ¡Güenos días! (Y sale a la calle.)

Señá Dolores. ¡Te habrás convensío de que es un grosero!

Sagrario. Usté también, mamá...

Señá Dolores. ¡Un grosero! Y que tú me pongas en er transe de tené que emparentá con semejante bicho... ¡Vamos! ¡Es er cormo!

Sagrario. No se apure usté, que entre José Manué y yo to ha concluío pa siempre.

Señá Dolores. ¿Qué me dises?

Sagrario. Habemos tarifao de mala manera.

Señá Dolores. (Loca de alegría.) ¡Ay, déjame que te abrase, déjame que te bese! (La besa y la estruja con verda-

dera fruición.) ¡No sabes la alegría que me das! Ahora lo que hase farta es que me hagas caso y que elijas un hombre que te pegue.

Manolita. (A Remedios.) Pa eso ninguno como José-Manué.

Remedios. (A Manolita.) ¡Cáyate tú!

Sagrario. ¡Ayá veremos!

Señá Dolores. ¿Se ha levantao tu hermano?

Sagrario. Toavía no.

Señá Dolores. Pos siento tené que despertarlo, pero me acabo de encontrá a don Juan Bravo a la bajá der puente y me ha dicho que dentro de na vendría por é pa yevarlo a una enserrona que van a dá hoy en Campaniyas unos cuantos afisionaos; y don Juan quiere que vaya Manoliyo pa que lo vean toreá los que no lo conosen. (Suspirando.) ¡No le pagamos a don Juan ni con sangre de nuestras venas! ¡Qué hombre, Sagrario! ¡Qué hombre más güeno pa nosotras! Hay que vé con er caló que ha tomao lo de Manoliyo! ¡Si sube es por é, si sale es por é!

Sagrario. Lo mismo creo, pero pa mí que deja usté incompletas las frases. Si sube... ar sielo, es por é; si sale... lisiao, es por é.

Señá Dolores. ¡Cómo eres, hija!

Sagrario. ¿Y qué quiere usté? No me agrada la idea de que mi hermano sea torero pa tenerme que pasá la vía en un continuo sobresarto. Me hubiera gustao más que siguiera en su ofisio de ajustadó.

Señá Dolores. ¡Ganando tres pesetas!

Sagrario. ¡Pero con la tranquilidá de su familia!

Señá Dolores. Se vé que no tienes aspirasiones. ¡No sé a quién has salío! Voy a yamarlo. (Vase por la izquierda.)

Sagrario. ¡Que no tengo aspirasiones!... ¡Pero sí corasón! ¡Mentira parese que sea su madre la que lo empuje!

Manolita. Eso no digas, que si Manoliyo sirve ¡ahí tienes a Bermonte, nadando en oro, y a Bombita, retirao con qué sé yo los miyones de pesetas, y ar Guerra y a Machaquito!... ¡Así que no dan los toros!

Sagrario. ¡Cornás es lo que dan los toros! Pero de eso no se acuerda nadie a la hora de las ilusiones; ni de los miyares de infelises que se han quedao en la plasa, tampoco. ¿Pa qué?

(Por la izquierda sale la SEÑÁ DOLORES, sin mantón.)

Señá Dolores. Ya se está levantando. ¡Me ha dao una lástima despertarlo!... Roncando estaba como un bendito. ¡Hijo de mis entrañas!

Sagrario. ¡Usté verá! Se ha acostao a las sinco... Porque esa es otra: en cuanto arguno siente er picotaso de la afisión ayí se acaba er trabajá y empiesa la vía de juerga y de jarana, y vino por arriba y mujeres por abajo, y un chato con este afisionao y una copa con este ganadero, que acaban por no ser hombres pa ná de utilidá ni de provecho. ¡Er caso es pintarla!

Señá Dolores. Y deja tú que Manoliyo sarga ar ruedo... ¡Se lo van a rifá las hembras de postín!

Sagrario. ¡Que sí que es un negosio esa rifa! Y a to esto Manoliyo con diesisiete años mar contaos.

Señá Dolores. ¿Y te parese poca fortuna la que le espera: retirarse a los veintisinco, cuando otros empiesan a viví, cargao de dinero y de gloria? ¡Hijo de mi arma! Ya me parese estarlo viendo en su auto, recorriendo su cortijo, acompañao siempre por un marqués y un periodista, y a mí cuidando mis gayinitas y mis serdos con mi güen vestío de seda y mi chapiri con seis plumas der Paraíso terrená y mi gorpe de briyantes en er pecho sujetándome el abanico de encaje de festón.

Sagrario. ¡Que es lo más indicao pa cuidar serdos y gayinas!

Señá Dolores. Donde lo hay se gasta. No voy yo a escatimar ná teniendo a mi hijo con miyones.

Sagrario. ¡Qué gana de soñá!

Señá Dolores. Pos déjame que sueñe; mientras sueño no hago otra cosa.

Sagrario. (A sus oficialas.) Ustedes, cuando quieran, se pueden ir a armorsá.

Manolita Ya mismo. (Manolita y Remedios sueltan las planchas en el anafre y entran por la izquierda, saliendo a poco con sus mantones puestos.)

Sagrario ¡A las dos, aquí!

Manolita. Descuida.

Remedios. Hasta luego.

Manolita. Hasta luego.

Señá Dolores. ¡Vayan ustés con Dios!

Sagrario. Hasta luego.

(Salen a la calle Manolita y Remedios.)

Señá Dolores. Y güeno, cuéntame: ¿qué te ha pasao con tu novio?

Sagrario. ¡Cosas nuestras! ¿Pa qué lo quiere usté sabé?

Señá Dolores. Lo que no me explico es cómo has tenío carma pa soportá tanto tiempo a ese escurtorsiyo de los diablos.

Sagrario. Ni yo tampoco me lo explico, pero grasias a Dios que se acabó la pesadiya.

Señá Dolores. Y ya que has despertao, ¿no será hora de que atiendas en sus pretensiones a don Juan?

Sagrario. ¡De eso, ya hablaremos!

Señá Dolores. ¡Ya hablaremos!... Siempre me dises lo mismo. Si tan harta estás de tu novio, hazle cara a otro hombre, demuéstrale que no te importa, ponle una barrera pa que no se la sarte.

Sagrario. José Manué se sarta hasta er paredón de Guadarmedina, madre. ¡Usté no lo conose! ¡Pero sí que voy a hasé lo que usté dise! (¡A vé si le quito los selos, y si no se los quito, que los tenga con rasón!) ¡Descuide usté, que si don Juan me habla de noviajo como otras veses, no le he de poné la mala cara de costumbre!

Señá Dolores. Pero, ¿me hablas en serio?

Sagrario. ¡Y tan en serio!

Señá Dolores. (Loca de entusiasmo.) ¡Ay! ¡Bendito sea tu corazón! ¡Ven que te coma a besos, chiquiya, ven que te coma a besos! (Y va hacia ella con ánimo de besarla pero se detiene en el camino.) Que si no es por tu hermano, sea por ti; que deje yo de sé casera arguna vez: que dejen de yamarme señá Dolores pa que me yamen tós doña Dolores. ¡Doña Dolores! ¡Qué bien suena! (Como si alguien la llamase y ella contestara.) ¡Doña Dolores! ¿Qué?... (En el colmo de la satisfacción.) ¡Ay! ¡Ven que te coma a besos! (Y besa a su hija con efusión.)

Sagrario. ¡Madre!

(Por el foro entra JUAN BRAVO, un hombretón de treinta y cinco años, pinturero y fachendoso. Viste de americana y se toca con un ancho flexible. En la corbata y en las manos luce gruesos brillantes. Se apoya en un bastón de nudos. Es un madrileño castizo y neto.)

Juan Bravo. (Apareciendo en el momento que la señá Dolores besa a su hija.) ¡Escena familiar! Si estorbo, ahueco.

Señá Dolores. ¡Por Dios, don Juan! ¿Estorbá usté en su casa? ¡Pase usté, pase usté! Manoliyo ya se está vistiendo. Voy a desirle que está usté aquí, pa que aligere.

Juan Bravo. (Contestando a la señá Dolores, pero mirando a Sagrario de cuando en cuando.) Que no se precipite, que tal es la espera que se me ofrece, que un año ha de parecerme un minuto.

(La señá Dolores no sabe qué decir, balbucea unas cuantas palabras incoherentes, mira a Sagrario, mira a don Juan y se marcha por la izquierda, radiante de satisfacción.)

Señá Dolores. Sí... Ya... Yo... La... Vi... (¡Ay, Dios mío de mi arma!) (Vase.)

Juan Bravo. (Dándole la mano a Sagrario.) ¿Cómo está usté, Sagrario?

Sagrario. Bien, ¿y usté, don Juan?

Juan Bravo. Teniéndola frente a mí y con su mano entre las mías, ¿cómo quiere usté que esté yo? ¡En la gloria, Sagrario!

Sagrario. Más que madrileño parese usté andalú ¡Por lo que exagera lo digo!

Juan Bravo. ¿Piensa usté que exagero? ¡Y yo que creía haberme quedao corto!

Sagrario. ¿Corto? ¡Jesús! ¿Corto usté? ¡Pos es poco largo!

Juan Bravo. (Mirando con recelo hacia la derecha.) ¿No habrá temor de que salga el perro de presa?

Sagrario. (Comprendiendo la intención de la pregunta de Juan Bravo y riéndose.) Ar perro de presa, como usté dise, le he echao esta mañana la boliya.

Juan Bravo. ¿Cómo?

Sagrario. Que le he dao la arsoluta, que he terminao con é.

Juan Bravo. ¡No me lo diga usté, Sagrario!

Sagrario. ¡Pos no me lo pregunte!

Juan Bravo. ¿Que ha terminao usté con su novio?

Sagrario. ¡Der tó!

Juan Bravo. ¡Caray, que me alegro!

Sagrario. ¡Las manos quietas!

Juan Bravo. ¡Atemelas usté!

Sagrario ¿Y eso?

Juan Bravo. Porque si no, no se están quietas. ¡Conozco mis manos!

Sagrario. Y no es lo malo que conozca usté sus manos, sino que va usté a conosé también las mías. ¡Formalidá, don Juan; que no tenga yo que enfadarme! Sepa usté, ante tó, que mi novio ha jurao que ar que coja hablando conmigo lo hase harina.

Juan Bravo. (Echándose atrás.) ¡Jinojo!

Sagrario. ¡Ya lo sabe usté

Juan Bravo. ¡Pues sí que es una advertencia como para tomar el rápido!

Sagrario. ¿Le va usté a tené miedo, don Juan?

Juan Bravo. Miedo, precisamente miedo, no; pero las referencias que he recibido del pollo no crea usté que son muy tranquilizadoras, Sagrario.

Sagrario. Er que argo quiere, argo le cuesta.

Juan Bravo. ¡Pero no el pellejo, caray!

Sagrario. ¡Y yo que pensaba haberle dao a usté una alegría con la notisia!...

Juan Bravo. ¡Y me la ha dado usté! ¿Quién lo duda?

Sagrario. Como usté me había dicho tantas veses que le gustaría verme sin novio pa ponerse en relasiones conmigo...

Juan Bravo. ¡Y lo sigo diciendo!
Sagrario. Pos yo, francamente, creí...
Juan Bravo. ¡Pero, por Dios, Sagrario!
Sagrario. (Mirando hacia la izquierda.) ¡Ya sale aquí mi hermaniyo!

(Por la izquierda salen la SEÑÁ DOLORES y su hijo MANOLILLO, que es un muchacho de diecisiete años, con cara de granuja. Viste un traje de lanilla, muy ceñido, y se toca con un sombrero cordobés.)

Música

Señá Dolores. ¡Ya está aquí Manoliyo!
¡Ya está aquí mi chiquiyo!
¡Mire usté las hechuras de este chaval,
y a ver si yo exagero
ar desí que es torero,
pero torero de caliá!
¡Por las cuatro fachás!

—

Sagrario y Juan Bravo.
¡Ya está aquí Manoliyo!
¡Ya está aquí mi chiquiyo!
¡Basta ver las hechuras de este chaval,
pa desir que es torero
de los pies ar sombrero,
pero torero de caliá!
¡Por las cuatro fachás!

—

Manolillo. (Saludando a Juan Bravo.)
¡Güenas tardes, amigo!
Juan Bravo. ¡Dios te guarde, galán!
Manolillo. Ya me ha dicho mi madre
que voy a toreá.
Juan Bravo. ¡Preciso es que te luzcas!
Manolillo. ¡De eso no hay ni que hablar!

—

Que si me sale un torito
que se arranque por derecho
verá usté cómo me porto,
verá usté lo bien que quedo.

—

Señá Dolores. Eso es menesté
que te arrimes y no corras,
que te ganes er carté.

—

Sagrario.

Lo que es menesté
es que corras lo que puedas
no te vayan a cogé.

—

Juan Bravo.

¡Descuiden ustés,
que ya el chico sabe sólo
todo aquello que ha de hacer!

—

Manolillo.

¡Descuiden ustés,
que esta tarde vengo en hombros
y si no ya lo han de ver!

—

¡Que me sarga un torito
que embista,
que saliéndome er toro, ya el resto
va por cuenta mía!

(Ejecutando al compás de la música las suertes del toreo que va indicando en el cantable.)

Lo tomo de capa,
le doy tres mantasos,
lo sito, me acude
y luego lo paro;
le clavo tres pares,
más pronto que un rayo,
y en la misma cara
lo paso por arto;
lo templo, lo avivo,
lo burlo, lo empapo,
lo fijo, lo alegro,
lo esquivo, lo cuadro
y le entro con una
metiendo la mano.
Y toca la banda
y suenan aplausos
y er público pide
la oreja y er rabo.

—

Señá Dolores.

Eso es menesté,
que te arrimes y no corras,
que te ganes er carté.

—

Sagrario.

Lo que es menesté
es que corras lo que puedas,
no te vayan a cogé.

—

Juan Bravo. ¡En marcha, chiquillo!
Seña Dolores. (Besándolo.)
¡Adiós, Manoliyo!
Sagrario. ¡Por Dios, ten cuidao,
no vuervas lisiao!
Seña Dolores.
¡Arrímate mucho!
Sagrario. ¡Que estés despegao!
Juan Bravo. ¡El chico es ya ducho;
saldrá consagrao!
Manolillo. (Á Sagrario.)
¡A ti ni te escucho;
vendré coronao!
Sagrario. ¡Vendrá estropeao!
Seña Dolores.
¡Vendrá ovasionao!
Juan Bravo. ¡Saldrá consagrao!
Manolillo. ¡Sardré coronao!

—

Seña Dolores. ¡Adiós, Manoliyo! ¡Que el Señor te proteja!

Manolillo. ¡No se apure usté, madre!

Sagrario. ¡Suerte, Manoliyo!

Seña Dolores. ¡Suerte! ¡Don Juan, que en sus manos lo dejo!

Juan Bravo. ¡Señora!...

Seña Dolores. ¡Adiós!

Sagrario. ¡Adiós!

Manolillo. ¡Adiós, madre! ¡Adiós, Sagrario!

Juan Bravo. ¡Hasta después!

—

Seña Dolores.
¡Vendrá ovasionao!
Juan Bravo. ¡Vendrá consagrao!
Manolillo. ¡Vendré coronao!
Sagrario. ¡Vendrá estropeao!

—

(Por el foro salen animadamente Manolillo y Juan Bravo. La seña Dolores y Sagrario quedan un momento a la puerta, viéndolos marchar. Cesa la música.)

Hablado

Seña Dolores. ¡Er Señor lo saque con bien!

Sagrario. ¡Dios lo quiera!

Seña Dolores. ¿Y qué? ¿Has hablao con don Juan?

Sagrario. Un ratiyo.

Seña Dolores. ¿Y qué te ha dicho?

Sagrario. Que al enterarse de que había terminao con José Manué me parese a mí que se ha echao pa atrás.

Seña Dolores. ¿Cómo es eso?

Sagrario. Pos ná, que como José Manué tiene esa fama de pendensiero toos le huyen.

Seña Dolores. ¿Te parese? ¡Hasta de lejos te ha de perjudicá ese hombre! Pero no te preocupes, que yo hablaré con don Juan y ya verás cómo lo meto en la canasta.

Sagrario. Er que lo mete en la canasta es José Manué en cuanto se descuide. ¡Y si no que se lo pregunten a Paquiyo Manso!

Seña Dolores. ¿Cómo? ¿Qué?

Sagrario. ¡Cosas mías!

Seña Dolores. ¡Ah, ya! ¡Ahí te dejo!

(La seña Dolores se marcha por la izquierda y Sagrario torna a su ocupación. Pequeña pausa. Por el foro entra como un rayo DON DIEGO, seguido de MISTER CROOKE, un inglés, joven y simpático, que viste correctamente un traje de americana y se toca con un sombrero de jipi-japa en forma de sombrero flexible.)

Don Diego. ¡Güeno, chiquiya, la locura!

Sagrario. ¿Qué le ocurre a usté, don Diego?

Don Diego. ¡La locura! ¡Lo grande! ¡Lo más grande! (Dirigiéndose a míster Crooke, que se ha quedado a la puerta.) Pase, misté, pasé, mesié. ¡Cóm-in! ¡Adelante! ¡Cóm-in!

Míster Crooke. Uël very uël. Ai-zenk-yú.

Don Diego. (A Sagrario.) ¡Sudando estoy!

Sagrario. ¿Ha caído un fransé?

Don Diego. ¡Un inglés! Pero no debe de sé der propio Londres, debe de sé de Escocia, paisano der bacalao, porque ni en inglés me entiende. ¡Me está dando la mañana! (Al inglés.) Sit daun. (A Sagrario.) ¡Como si ná! ¡De escayola! (Al inglés.) ¿Du yu-öndorstant-mi?

Míster Crooke. Aí du-not öndorstant-yú.

Don Diego. (A gritos.) Pré bi sited. ¡Tome usté asiento! Sit daun. ¡Siéntese usté! (Cogiendo una silla y ofreciéndosela.) ¡Ensíyese vu!

Míster Crooke. ¡Ah! Yés, yés. Ai-zenk-yu-very mach.

Don Diego. ¡Güeno! (A Sagrario.) Ya lo ves que no entiende más que er lenguaje universá de ponerle las cosas por delante.

Sagrario. Pero ¿está usté seguro de que le habla en inglés?

Don Diego. Yo le hablo hasta por señas. ¿No lo estás viendo?

Sagrario. ¿Y a qué lo trae usté aquí?

Don Diego. ¡Cáyate, mujé! Si este inglés es la fortu-

na que se nos entra por las puertas. Me lo he encontrao en casa de Prini, donde, como tú sabes, tiene expuestas José Manué las figuriyas de barro que hase, y el inglés se ha entusiasmao de tar manera con las que ha visto, que me lo he tenío que traer aquí pa que vea toas las que tiene en er tayé. Dise que José Manué es un gran artista, un escurtó de tronío y que se lo va a yevá a Londres y a Nueva York pa hincharlo de ganá dinero. ¡Figúrate!

Sagrario. Eso está bien.

Don Diego. ¡Ya ves lo que te has perdío por tonta! (Al inglés) Le estaba disiendo aquí a la yaung lady... (A Sagrario.) Yaung lady es la joven en inglés, pa que tú también te enteres. (Al inglés.) Que misté se ha vuerto loco con los trabajos de escurtura de mi hijo. ¡Las figuriyas! ¡Er toro! (Embistiéndole.) ¡Muú!

Míster Crooke. ¡Oh! ¡Yes! ¡Yes!

Don Diego. ¡La manola! (Poniéndose en jarras.) ¡Arsa y olé!

Míster Crooke. ¡Ah! ¡Yes! ¡Yes! ¡Alza y olé!

Don Diego. (A Sagrario.) ¡Ahí lo tienes! (Al inglés.) ¡Pos ahora va usté a vé más cosas! Sté. ¡Que se espere vu!

Míster Crooke. ¡Yes!

Don Diego. Sté. Sté. ¡Que no se mueva!

Sagrario. Pero eso no es hablá inglés, don Diego, eso es hasé gimnasia.

Don Diego. Empapá tengo la camiseta. ¡Qué tío más serrojo! Descuida, que mientras que esté aquí no te pican los pájaros. (Vase por la derecha. Míster Crooke se ríe, mira a Sagrario fijamente y avanza hacia ella. Sagrario, al notar el avance del inglés, se retira prudentemente, pero el inglés sigue avanzando hasta colocarse muy cerca de ella.)

Sagrario. (Inquieta.) (¡Mi madre!)

Míster Crooke. (Con ligero acento extranjero.) Tiene usted los ojos más bonitos que he visto yo en el mundo.

Sagrario. (Asombrada.) (¡Aguarda!)

Míster Crooke. Y la boca más fresca que he conocido.

Sagrario. ¿Qué me dise?

Míster Crooke. Y la cara más sandunguera.

Sagrario. ¡Señores! Pero, ¿usté habla español?

Míster Crooke. Cuando se encuentra una mujer tan guapa como usted, rompe a hablar en español no digo ya un inglés, un selenita.

Sagrario. ¿Quién?

Míster Crooke. Un habitante de la Luna.

Sagrario. ¿Qué te parese? ¡Valiente punto está el amigo!

Míster Crooke. ¿Qué quiere decir punto?

Sagrario. ¡Lo que está usté hecho, so guaja! Porque, vamos, ni usté es inglés ni quien tar vió, sino un permaso que le ha estao tomando er pelo a don Diego.

Míster Crooke. ¡Oh, no, señorita! Yo podré ser un *permaso*, como usted dice, pero también soy inglés y hablo el español bastante correctamente; solo que no he querido decírselo al cicerone, por divertirme oyéndole disparatar. ¡Qué hombre más *salido!*

Sagrario. Salado.

Míster Crooke. ¡Salado! Zenk-yú. Salado, ¿es gracioso?

Sagrario. Salado es que tiene sal, que tiene ángel.

Míster Crooke. ¿Que tiene ángel?

Sagrario. ¡Lo que usted no tiene, señó!

Míster Crooke ¡Ah! Yes. Zenk-yú.

Sagrario. Y lo que le ha dicho usté ar siserone de su hijo, ¿es verdá o es broma?

Míster Crooke. ¡Oh, nada de broma! Verdad, verdad. Es un artista itis admirebel. ¡Admirable!

Sagrario. Pos le arvierto a usté que tó lo que hase lo hase por afisión, que no ha tenío quien lo enseñe.

Míster Crooke. Itis incredibel.

Sagrario. Tó lo *incredible* que usté quiera, pero es la chipén. Y además es mi novio el artista.

Míster Crooke. ¿Cómo? ¿Su novio?

Sagrario. O mejor dicho,: lo ha sío.

Míster Crooke. ¡Vaya un gacho con suerte! ¿No se dice gacho?

Sagrario. Se dice gachó.

(Por la derecha sale DON DIEGO con una figurita de barro en cada mano. Al oir hablar en castellano a míster Crooke se queda como petrificado.)

Míster Crooke. Zenk-yú. ¡Gachó con suerte!

Sagrario. ¡Eso es!

Don Diego. ¡Mi agüela!

Sagrario. (Viendo a don Diego.) Venga usté pa acá, don Diego, que aquí tiene usté al inglés tradusío al españó por obra mía.

Don Diego. ¿Qué has hecho?

Sagrario. Haserle hablá en cristiano.

Míster Crooke. (A don Diego.) ¿Y las figuras?

Don Diego. Aquí están. ¡Fíjese usté en er detaye! ¡Una bailaora!

Míster Crooke. (En jarras.) ¡Alza y olé!

Don Diego. Sí, señó. ¡Arsa y olé!

Míster Crooke. ¡Itis incredibel!

Música

Don Diego. La bailaora de café
es una hembra de postín,
que pone ar público de pie
cuando se marca un garrotín.

—

Sagrario y **Míster Crooke.**
La bailaora de café
es una hembra de postín,
que pone al público de pie
cuando se marca un garrotín.

—

Don Diego. Miste, misté,
lo que hago yo,
y aprenda usté
la posisión.

—

Sagrario. Lo que hase é
misté, señó,
y aprenda usté
la posisión.

—

Míster Crooke. La posisión
ya me la sé.
¡A ver si yo
lo puedo hacer!

(Y baila unos cuantos compases de garrotín de un modo grotesco y ridículo. Sagrario y Don Diego lo jalean en chufla.)

Sagrario. ¡Pa matarlo!
Don Diego. ¡Pa morderlo!
Sagrario. ¡Pa enserrarlo!
Don Diego. ¡Pa no verlo!

—

Sagrario. (Cuando míster Crooke ha terminado de bailar.) ¡Colosá!

Míster Crooke. ¡Oh! Colosal no sé; pero bastante aproximado sí ha salido.

Sagrario. ¡Ha estao superió!

Don Diego. Verá usté, señó: la bailaora...

Míster Crooke. ¡Oh! No me diga nada. Conozco perfectamente el tipo de la bailadora de tablado del café de Novedades de Sevilla y del Chinitas de Malaga; es una mujer con la cabeza toda llena de peinecitos...

Sagrario. ¡Peinesiyos!

Míster Crooke. Zenk-yú. Peinesillos. Y que con las *castañas* en la mano...

Don Diego. ¡Con las castañuelas, señó!

Míster Crooke. Castañuelas... Ripicotea...

Don Diego. ¡Piquetea!

Míster Crooke. ¿Cómo?

Don Diego. ¡Piquetea! ¡Repiquetea! (Imitando el ruido de las castañuelas) Chás, chacachás, chás, chás.

Míster Crooke. ¡Ah! Zenk-yú. Piquetea. Mientras la cantadora quiere apostarse no sé qué cosa con el público. Es una danza muy interesante. ¿Qué se quiere usted apostar? ¿Qué quiere usted que nos apostemos? ¡Muy interesante!

Don Diego. (¿Y quién lo desengaña?) Güeno, misté; ahora límpiese usté los ojos pa ver esto otro. (Mostrándole la otra figurilla.) ¡Un pescaero!

Míster Crooke. ¿Cómo?

Don Diego. ¡Uno que vende pescao!

Míster Crooke. ¡Oh! ¡Delicioso! ¡Admirable!

Don Diego. Er pescaero, ¿sabe usté?...

Sagrario. Deje usté que se lo explique yo, Don Diego

Don Diego. ¡Pero sepamos quién es aquí er siserone! Le voy a contá lo de la bailaora y se lo dise é; viene ahora lo der pescaero y se lo dises tú...

Míster Crooke. ¡Oh! Yo prefiero que me lo diga esta señorita.

Don Diego. ¡Está bien, señó! A la hora de cobrá las perras, hablaremos.

—

Sagrario. Con los senachos ar braso,
tar como usté lo ve aquí,
pregonando por las cayes
er pescadero va así.

—

¡Boquerones!
¡Boquerones fresquitos!
¡Yevo dentones!
¡Yevo chopitos!

—

Como la prata briyan
en los senachos,
los boquerones frescos
resién sacaos.
¡A ocho perras la libra
de boquerones!
Por tan poco dinero
¿quién no los come?
Si los doy tan baratos,
¿quién no los prueba?

¡Boquerones fresquitos
de la Caleta!

—

¡Boquerones!
¡Calamares, chanquetes,
pescá y dentones!
¡Que se va er tío!
¡Los boquerones!

—

Míster Crooke. ¡Oh! ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Hurra! ¡Hip! ¡Hip!

Don Diego. ¡Ya le entró el hipo! A estos ingleses, en cuanto se entusiasman, hay que darles un susto. ¡Voy por más cosas! ¡Y estas se las explico yo, que a mí no me birlan er cargo! (Vase por la derecha.)

Míster Crooke. ¡Oh! ¡Muy bien, señorita! Me ha gustado mucho. Tiene usted una voz preciosa y una garganta de ruiseñor.

Sagrario. Muchas grasias. ¡La costumbre de oirlo, que se lo aprende una! (En este momento asoma por el foro JOSÉ MANUEL, y lo mismo es ver a Sagrario de palique con un hombre, que arremeter contra él como una fiera, sin pararse en barras. Sagrario grita. Mister Crooke, ante la inesperada agresión, se prepara a la defensa y le da a José Manuel dos puñetazos de boxeador que le dejan tambaleándose.)

José Manuel. (¿Eh? ¡Mardito sea! ¿Sagrario hablando con un hombre? ¡Pero esta mujé me quiere buscá una ruina!) (Dándole un empellón a Míster Crooke.) ¡Ladrón!

Míster Crooke. ¡Oh!

Sagrario. ¡Ay!

José Manuel. (A Sagrario.) ¡Si te lo había jurao! (Y la emprende con el inglés, que se defiende a puñetazos.)

Míster Crooke ¡Oh! ¡Dem! ¡Dem!

Sagrario. ¡Por Dios, José Manué, que no sabes lo que hases! ¡Socorro! ¡Guardias! ¡Madre! ¡Don Diego!

(Atraídos por los gritos salen al patio, por la izquierda la SEÑÁ DOLORES, y por la derecha, DON DIEGO, con otras figuras de barro en la mano, las cuales se le caen al suelo de la impresión que lleva al encontrarse con el cuadro. Don Diego, repuesto un poco, acude a separar a los contendientes y lo mismo hace la Señá Dolores.)

Señá Dolores. ¿Qué pasa? ¡Hija! ¡Socorro! ¡Guardias!

Don Diego. ¡Arrea! ¡Mi hijo con el inglés! ¡Se ha jugao su porvenir! ¡Hijo!...

José Manuel. ¡Suérteme usté, padre!

Sagrario. ¡Guardias!

(Por el foro aparece PAQUILLO MANSO. Al ver a José Manuel zurrando a Míster Crooke, retrocede asustado.)

Paquillo Manso. ¿Qué ocurre? ¡Asúcar! ¡Repetisión de la película de antes! ¡A mí no me cogen otra vez! (Echando a correr hacia la calle.) ¡Vuervo! ¡Vuervo!

Don Diego ¡Pero, guardia!...

Señá Dolores. ¡Guardia!

Paquillo Manso. ¡Vuervo! (Desaparece. A duras penas logra don Diego interponerse entre su hijo y el inglés. Cuadro y telón.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Telón corto de calle; una calle andaluza, a pleno sol. A la derecha, la puerta de una taberna.

—

(Por la derecha salen DON DIEGO y su hijo JOSÈ MANUEL.)

José Manuel. ¡Este es er sitio, padre! ¡Por aquí pasa tos los días!

Don Diego. Conforme. Y tú ¿qué es lo que quieres?

José Manuel. ¡Que usté le hable, que le diga usté que sin eya no pueo viví!

Don Diego. Pero ¿hay quién te entienda, corasón? La insurtas, riñes de mala manera, nos mudamos de casa porque no la querías ni ve, y ahora resurta, ar cabo de dos meses, que te entra la pasión de doña Juana la loca y que no pués viví.

José Manuel. ¡No pueo viví, padre, no pueo viví! Y si eya se queda aquí, si sigue en relasiones con ese hombre, ni yo me voy a Inglaterra ni hago otra cosa que pegarme un tiro que me sarte la tapa de los sesos.

Don Diego. ¡Ayá va!

(Por la izquierda sale PAQUILLO MANSO y se encamina hacia la derecha tranquilamente, pero al llegar a la mitad del escenario ve a José Manuel, y como impulsado por un resorte, da media vuelta y desaparece por donde salió, sin precipitarse en la huida para no ser advertido. Ni José Manuel ni Don Diego se dan cuenta de esta escena muda del guardia.)

José Manuel. ¡Usté háblela ar corasón, que yo estoy seguro de que le hará a usté caso!

Don Diego. Pero si está sugestioná por la bruja de su madre, como yo creo, tó lo que se intente en ese

asunto es tiempo perdío, José Manué. En fin... ¡ayá veremos! No quiero quitarte la esperanza.

José Manuel. (Mirando hacia la derecha.) ¡Ya viene ayí! ¡Sí! ¡Por ayí viene! Yo aquí me escondo en esta taberna. Hágase usté el encontradiso, que no parezca que va usté mandao y, sobre tó, que ni por pienso se imagine que yo estoy enterao de na.

Don Diego. ¡Ensima eso!

José Manuel. ¡Por mí, padre! (Entra en la taberna.)

Don Diego. ¡Por ti, hijo! ¿Crees tú que si no fuera por ti era yo capaz de encargarme de estos papeles?... Y ahora a haserme el encontradiso. (Encaminándose hacia la izquierda.) ¡Por aquí!... ¡No, que me pasa de largo! (Encaminándose hacia la derecha.) ¡Por aquí! ¡Ya se aserca! ¡Y qué guapa está la condená! Comprendo que mi hijo se pase er día hasiendo números por eya.

(Por la derecha sale SAGRARIO, de mantón. Don Diego tropieza con ella.)

Sagrario. ¡Ay!

Don Diego. (Como si no la conociera.) ¡Usté dispense!

Sagrario. ¿Va usté siego, hijo?

Don Diego (Fingiendo reconocerla.) ¡Sagrario!

Sagrario. (Con alegría.) ¡Don Diego!

Don Diego. (¡Mejor ensayao, ni en er teatro!)

Sagrario. ¡Qué casualidá haberme tropesao con usté!

Don Diego Lo más ajeno que yo tenía en er pensamiento era que me iba a encontrá contigo, muchacha.

Sagrario. Donde menos se piensa ..

Don Diego. Sarta una mujé bonita.

Sagrario. ¡Usté siempre tan fino!

Don Diego. ¡Fina tú, que eres un corá!

Sagrario. Muchas grasias. Y a to esto, ¿cómo está usté?

Don Diego. No tan bien como tú, pero ahí vamos. ¿Y en tu casa?

Sagrario. Tos tan güenos.

Don Diego. ¿Vive tu madre?

Sagrario. ¡Claro que vive! ¡Qué preguntas hase usté!

Don Diego. Yevas rasón. He preguntao una tontería. Debí presumirlo por aqueyo que dise er refrán: bicho malo...

Sagrario. ¡No empiese usté, Don Diego!

Don Diego. ¿Y Manoliyo?

Sagrario. ¿Mi hermano? Tan güeno como está.

Don Diego. ¿Sigue con la afisión ar toreo?

Sagrario. ¡Ca! No, señó.

Don Diego. ¿Ah, no?

Sagrario. Aqueyo acabó, a Dios gracias. Desde que una beserra lo cogió por su cuenta y le dió pa er pelo, le tomó asco a los toros y no ha vuerto a pensá en tar cosa. ¡Más contenta estoy yo!...

Don Diego. No pensará lo mismo tu madre.

Sagrario. La pobre tenía la ilusión de que su hijo briyara; ¡como toas las madres!

Don Diego. De que su hijo briyara pa podé eya briyá también a cuenta del hijo. Mujé que sienta más delirio de grandesas que tu madre, yo no la he conosío.

Sagrario. Es su deferto. Arguno había de tené.

Don Diego. ¿Tú qué vas a desí, si es tu madre?

Sagrario. Y hablando de otra cosa. ¿Qué es de su vía de usté? Hase ya dos meses, desde que se mudó usté de casa, que no se le ha visto er pelo. ¿Dónde se mete usté?

Don Diego. Trajinando, hija. Como quiera que dentro de ná embarcamos pa Londres.

Sagrario. ¿Ah, sí? ¿Se va usté a Londres?

Don Diego. ¡Nos vamos!

Sagrario. (Sin hacer caso del plural subrayado por don Diego.) A perfersioná el inglés. ¡Eso está bien! Así debieran hasé tos los siserones.

Don Diego. Mira, Sagrario; una cosa es que no me hayas visto er pelo y otra que quieras tomármelo. Nos vamos a Londres, mi hijo y yo, costeaos los viajes y la estancia por mister Cruk, aquel inglés de aqueya mañana sélebre der dijusto.

Sagrario. Ya sé quién es. Por lo visto es que sigue en sus planes.

Don Diego. Ca día más entusiasmao con lo que hase José Manué. Lo pondera más que un gitano vendiendo un burro.

Sagrario. ¡Si José Manué tiene mucha idea pa to!

Don Diego. ¿Y cómo no me preguntas por é?

Sagrario. Porque no quiero ponerme triste.

Don Diego. ¡Chiquiya!

Sagrario. Ya sabe usté que es el único hombre a quien yo he querío de veras, pero se empeñó él en que acabáramos y... ¡A qué recordá lo pasao! Er por su camino y yo por er mío. ¡Ojalá no nos encontremos nunca!

Don Diego. ¿Y si yo te dijera que José Manué está arrepentío de to?

Sagrario. No lo creería.

Don Diego. ¿Y si te lo jurara?

Sagrario. Lo sentiría entonses.

Don Diego. ¿Por qué?

Sagrario. Porque había yegao tarde su arrepenti-

miento. Yo ya estoy comprometía, he dao palabra de casamiento a un hombre y no me puedo vorvé atrás.

(En este momento sale de la taberna como una furia JOSÉ MANUEL.)

José Manuel. (A Sagrario.) ¡No te puedes vorver atrás porque ni me quieres ni me has querío nunca!

Don Diego. (Adiós! ¡Ya la pringamos!)

Sagrario. ¡José Manué! Pero, ¿estabas ahí?

José Manuel. ¡Ahí estaba y he salío porque ya no podia soportá con carma lo que estaba oyendo!

Sagrario. ¿Luego esto ha sío una enserrona prepará de acuerdo con er cómico de tu padre?

Don Diego. (¡Ya pagué yo!)

José Manuel. ¡Piensa lo que quieras! Lo que te digo y es verdá, Sagrario, es que no me dejes tirao en el arroyo, que me ampares, que me quieras como me querías, que yo sin ti no soy na ni vargo na, ni aspiro a otra cosa que a estreyarme los sesos contra las losas de la caye.

Sagrario. José Manué, no seas loco, ni te esartes. ¡Pa to eres iguá! ¿A qué sacá las cosas de quisio? Por tu gusto reñimos y por tu gusto fuí yo quien se quedó tirá en medio del arroyo, y ahora, ya que yo he encontrao mi bienestá, quieres que por tu gusto lo pierda y vuerva a haserte a ti caso, pa que me dejes otra vez abandoná en er momento en que se te pase la calentura y se te meta de nuevo en la cabesa que si yo me he puesto una fló o me he comprao un laso ha sío pa presumí con otro. No, José Manué; bien están las cosas como están y no hay pa qué moverlas de su sitio.

José Manuel. ¿Quiés desí que te niegas a hasé las pases?

Sagrario. Quié desí que te conozco lo bastante pa no creé en tus palabras.

José Manuel ¿Quié desí que ya no me quieres?

Sagrario. Eso, no te lo puedo contestá.

José Manuel. ¿Por qué?

Sagrario. Porque yo no sé cómo entenderás tú er cariño, José Manué. Pero de mí te digo que no he querío más que una vez... ¡Y pa siempre!

José Manuel. ¿Entonces?

Sagrario. Entonces ¿qué? ¡Tú lo has querío! Ya es tarde pa pensá en otra cosa.

José Manuel. ¡No es tarde, Sagrario!

Sagrario. ¡Sí es tarde, José Manué!

José Manuel. ¡No es tarde!

Don Diego. Las cuatro y sinco. ¡Ustés verán!

Sagrario. ¡Don Diego!

José Manuel. ¡Padre!

Sagrario. ¡Que no estamos pa chirigotas!

Don Diego. Pero, ven acá, mujé; ¿tú quieres a mi hijo?

Sagrario. Ya le he dicho a é que a eso no puedo contestar.

Don Diego. ¿Me dejas que ponga que sí? ¡Pa hasé un juego de manos!

Sagrario. Pa hasé un juego de manos ponga usté lo que quiera.

Don Diego. Conforme. ¿Y tú quieres a Sagrario, José Manué?

José Manuel. Pos si no la quisiera ¿estaría suplicándole aquí como quien pide una limosna?

Don Diego. Totar, que los dos os queréis.

Sagrario. Yo no he dicho ni que sí ni que no.

Don Diego. ¡Déjame que acabe er juego, mujé! El estorbo es er novio de Sagrario, ese don Juan Bravo de mis curpas, que lo tengo atravesao en la garganta como una espina de pescao; don Juan Bravo, de una parte y tu madre de otra, que ar fayarle la combinasión der niño matadó de toros, se agarra a ti pa buscá con tu casamiento er medio de podé ir en coche de cuatro cabayos—¡así quisiera yo verla!—a la plasa a comprá por las mañanas las habichuelas y los chícharos. Pos güeno, al estorbo de don Juan lo quito yo de en medio esta misma noche y a tu madre la vuervo a la realidá, pero, vamos, de un modo que ya no va a habé quien la haga salirse der tiesto, mientras viva. ¿Dejáis a mi cargo la solusión de este asuntiyo?

Sagrario. Por mí, lo siento mucho, pero no tengo más que una palabra.

Don Diego. ¿Cómo es eso, chiquiya?

José Manuel. (Con rabia.) ¡Déjela usté, padre! ¿A qué rebajarse más? ¡Ya está usté viendo que no quiere! No es sólo la madre la que aspira a lusirse, es también la hija. ¡Pueden mucho los briyantes y las sortijas de don Juan Bravo!

Sagrario. (Herida en lo más íntimo.) ¡José Manué!...

José Manuel. ¡La curpa es mía por haber intentao reanudá lo que está bien roto!

Sagrario. ¡José Manué!...

José Manuel. ¡Adiós, mujé, y perdona!

Sagrario. ¡José Manué!...

José Manuel. ¡Vámonos, padre!

Don Diego. ¡Espera, muchacho!

José Manuel. (Con energía.) ¡Vámonos, padre!

Sagrario. ¡Pero, José Manué!...

José Manuel. (A su padre.) ¡Vámonos!

Sagrario. (Con despecho.) ¡Ea! ¡Pos vete! ¡Anda con Dios y que Er te guíe! (Y le vuelve la espalda y echa a andar hacia la izquierda, por donde sale PAQUILLO MANSO, ajeno a todo Cuando lo ve Sagrario se le inunda el rostro de alegría.) ¡Paquiyo!

Paquillo Manso. (Al ver a José Manuel.) (¡Arrea!)

Sagrario. (A Paquillo.) ¿Cómo usté por aquí? ¿Me acompaña usté a casa?

Paquillo Manso. (Aterrado.) ¿Yo, Sagrario?...

José Manuel. (Con ira.) ¡Mardito sea!...

Don Diego. (Sujetando a su hijo.) ¡José Manué!...

Sagrario. (Al guardia.) ¡Acompáñeme usté, que por er camino le tengo que desí argo que va a gustarle!

Paquillo Manso. (Sin quitar los ojos de José Manuel.) ¡Pero, Sagrario!...

Sagrario. ¡Y esta noche le espero a usté!

Paquillo Manso. ¡Esta noche estoy de servisio!

Sagrario. ¡Pos cuando se acabe er servisio! Casuarmente es víspera de San Juan, habrá fiesta en er patio y no pensamos acostarnos. ¡A las onse le espero!

Paquillo Manso. (Viendo la agitación de José Manuel.) ¡Sagrario, por la Virgen!

Sagrario. ¡A las onse!

José Manuel. ¡Déjeme usté, padre!

Don Diego. ¡José Manué!...

Sagrario. (Se coge del brazo de Paquillo y pasa con él por delante de José Manuel y de don Diego. No hay que decir que Paquillo no puede andar del susto.) ¡Está dicho! ¡A las onse!

Paquillo Manso. ¡A las onse!

Sagrario. (Encaminándose con Paquillo hacia la derecha mientras don Diego arrastra a su hijo hacia la izquierda.) Pa esa hora ya se ha ido mi novio y así...

José Manuel. ¡Sagrario!...

Don Diego. ¡Vamos! No seas chiquiyo.

José Manuel. Pero, ¿usté no la oye?

Don Diego. Pero, ¿tú no la ves que lo que quiere es quemarte la sangre?

Sagrario. ¡Ande usté, hombre, ande usté conmigo!

Paquillo Manso. ¡Sagrario, por Dios!

(Sagrario mira a José Manuel y suelta una carcajada, desapareciendo con Paquillo por la derecha.)

José Manuel. (Desapareciendo por la izquierda con su padre al mismo tiempo que desaparece Sagrario.) ¡Por éstas, si no me las paga todas juntas!

MUTACION

CUADRO TERCERO

La misma decoración del primer cuadro. Es de noche y hay luna. El patio está alumbrado con luces de gas acetileno. Sobre el brocal del pozo, un cañero y dos o tres botellas de manzanilla.

—

(Al levantarse el telón aparecen en el patio la SEÑÁ DOLORES, SAGRARIO, MANOLITA, REMEDIOS, UNA VECINA, JUAN BRAVO, MANOLILLO, MISTER CROOKE, con sombrero de ala ancha, y UN VECINO. Es noche de fiesta; víspera de San Juan. De la calle llegan alegres rumores de cánticos populares y el resplandor de las hogueras típicas de esa noche en Andalucía. Nuestros amigos también celebran la festividad. Un vecino toca la guitarra, mientras canta Sagrario y los demás jalean.)

Música

Sagrario. Tus ojos son dos estreyas
que tienen la luz mu clara.
¡Yo nunca las vi tan beyas
en er sielo de una cara!

—

Tus labios guardan las mieles
que endursan todos mis males;
tus labios son dos claveles
der coló de los corales.

—

Toma
esta fló sin aroma;
dale,
para ver si le sale
el oló
y er coló,
un besito
chiquitito
con tus labios de fló.

—

Tu risa, yuvia de plata;
tu risa, trinar sonoro;
es tu risa serenata
de campaniyitas de oro.

—

Tus manos son asusenas,
tus manos son rosas finas,
tus manos son pa mis penas
las mejores medisinas.

—

Toma
esta fló sin aroma;
dale, etc., etc.

(Cesa la música.)

Hablado

Una vecina. ¡Bien cantao, bien!

Manolita. ¡Superió!

Señá Dolores. ¡Viva mi niña!

Un vecino. ¡Bravo!

Juan Bravo. ¿Es llamada o exclamación?

Un vecino. Es exclamación.

Juan Bravo. ¡Ah!

Mister Crooke. (Acercándose a Sagrario con su buena curda dentro del cuerpo.) ¡Y ole con ole! ¡Su cuerpo de usted en la arena! (Inclinándose el sombrero sobre la sien izquierda como hacen los castizos.) ¡Huyuyui! (Todos se ríen.)

Sagrario. (A Juan Bravo.) ¿Qué te parese?

Juan Bravo. ¡Míster Cruk! ¿Qué es eso, hombre?

Sagrario. ¡La influensia der sombrero ancho! ¡Déjalo, Juan!

Juan Bravo. Es que va sacando mucho los pies del plato este inglés y le voy a tener que dar el primer aviso.

Sagrario. ¿Y pa qué lo has traío?

Juan Bravo. Porque me dijo la otra tarde que no había visto en su vida más que juergas de esas que cuestan tres mil reales y se aburren hasta los camareros, y quería yo que viese lo que es una fiesta andaluza en su propia salsa.

Sagrario. ¡Entonses no te quejes a nadie!

Juan Bravo. ¡Pero una cosa es una cosa y otra es otra!

Un vecino. ¿Una caña, don Juan?

Juan Bravo. ¡Se acepta! (La bebe.) ¡Estimando!

Míster Crooke. (A Sagrario) Tengo que decirle a usted, señorita,—y no he venido para otro asunto—que no es usted perfectamente buena.

Sagrario. ¿Cómo que yo no soy güena?

Míster Crooke. Digo que no lo es usted perfectamente.

Sagrario. ¿Y por qué no lo soy?

Míster Crooke. Porque no se porta usted todo lo bien que yo deseara con mi escultor.

Sagrario. ¡Tiene mucho genio su escultó de usté, míster Cruk!

Míster Crooke. ¡Oh! Más del que usted se figura.

Sagrario. ¡Pos mejó pa él!

Manolita. ¿Vas a vení con nosotras a la playa, Sagrario?

Señá Dolores. Grasias a Díos no tiene mi hija pa que mojá la cabesa este año. Se va a casá en agosto y no nesesita molestá a San Juan con petisiones.

Remedios. ¡Feliz eya!

Míster Crooke. ¿En qué consiste eso de mojar la cabeza, si se puede saber?

Juan Bravo ¡Supersticiones de la gente andaluza!

Míster Crooke. ¡Oh! ¡Muy interesantes!

Sagrario. Disen que la mosita que moja la cabesa con agua de la má a las dose en punto de esta noche, y resa un Padrenuestro a San Juan bendito, la protege er santo y le proporsiona un novio a los tres días.

Remedios. ¡Que a lo mejó no parese ni a los tres años!

Sagrario. ¡Pero eso disen!

Juan Bravo. Pretexto para divertirse es lo que se busca. ¡Hay que ver lo rifado que está mi santo en esta tierra!

Señá Dolores. Er santo y quien yeva er nombre der santo.

Juan Bravo. ¡Gracias, señá Dolores!

Míster Crooke. ¡Oh! ¡Yo adoro las bellas costumbres de este país de maravilla!

Juan Bravo. ¡Habrá usté visto las hogueras en que arde el barrio entero!

Míster Crooke. ¡Precioso! ¡Fantástico! Estoy realmente conmovido. (Y da un traspiés.)

Juan Bravo. ¡*Conmobebido* es lo que está usté, so guasón!

Míster Crooke. ¡Oh! ¡También un poco *conmobebido!* ¡A ver! ¿Quién me da un caño de mansanilla?

Un vecino. ¡Una caña, querrá usté desí!

Míster Crooke. Quiero decir mansanilla nada más. Caño o caña importa poco. ¡Mansanilla digo!

Sagrario. ¡Lo que se va sortando! (Sagrario y Juan Bravo se sientan solos al extremo izquierda y hablan en voz baja. Míster Crooke bebe manzanilla que le sirve Un vecino.)

Remedios. ¡Que te duermes, Manoliyo!

Manolillo. Es verdá. (Restregándose los ojos.) Me estoy cayendo de sueño.

Señá Dolores. Cómo se levanta tan temprano el arma mía...

Manolillo. Y me voy a tendé, que aquí no hago mardita la farta.

Manolita. Pero ¿te vas a acostá en una noche como esta, chiquiyo?

Manolillo. ¿Y qué tiene de más esta noche que las otras noches? Sobre tó, no siendo mañana fiesta y teniéndome que poné de punta a las siete pa ir ar tayé, ¿qué pito toco yo aquí, levantao a estas horas? ¡A la cama! ¡A la cama! ¡Que ustedes se diviertan! (Besando a la señá Dolores.) Güenas noches, madre.

Señá Dolores. (Besando a Manolillo.) ¡Adiós, hijo!

Manolillo. ¡Güenas noches a tós!

Juan Bravo. ¡Adiós, hombre!

Remedios. Güenas noches.

Sagrario. ¡Que descanses!

(Manolillo se va por la izquierda.)

Remedios. ¿Quién lo conose?

Manolita. ¡Lo que puede un gorpe resibío a tiempo!

Señá Dolores. Er gorpe quien lo yevó fuí yo.

Manolita. Es verdá, que le fayó a usté la combina. ¡Adiós cortijo y gayinitas y serdos!... ¡Tó lo que usté soñaba!

Señá Dolores. Pero me queda la de aqueya. (Señalando a Sagrario.) ¡Y váyase lo uno por lo otro!

Remedios. ¡Güen casamiento hase!

Una vecina. ¡Superió!

Manolita. ¡Como que ésta es la mujé de la suerte!

Remedios. ¡En coche la hemos de vé toavía!

Señá Dolores. ¡Eso, si no me véis en auto!

Una vecina. ¡Que pudiera sé!

Señá Dolores. ¡Digo! ¡Así que no tiene don Juan mucha pasta. Unos sarsiyos de briyantes le ha comprao a mi hija—¡puestos los yeva!—que quitan er sentío.

Manolita. ¡Presiosos son!

Remedios. Que la suerte no está pa quien la busca sino pa quien Dios se la quiere dá.

(Por el foro aparece MARÍA LA LOCA, una hembra de rompe y rasga, más chula que un ocho. Tendrá unos treinta años. Viste con cierto lujo llamativo y sobre los hombros lleva puesto un mantón de crespón negro liso.)

María la loca. (Entrando como Pedro por su casa.) ¡A tiempo llego! ¡Buenas noches!

Señá Dolores. ¿Quién?

María la loca. ¡Servidora!

Señá Dolores. ¿Qué desea usté?

María la loca. Con usté, ná. (Señalando a Juan Bravo.) ¡Es con este caballero!

Juan Bravo. ¿Conmigo?

María la loca. ¡Fresco, eres un helao de mantecao y fresa!

Juan Bravo. (Levantándose.) ¡Señora!

Sagrario. (Levantándose también.) ¿Eh?

Señá Dolores. ¿Qué dice esta mujé? (Expectación.)

María la loca. ¡Y cómico, un comicazo! ¡Ni te has inmutao siquiera al verme!...

Juan Bravo. ¿Yo?

María la loca. ¡Claro! ¡Ya, la costumbre!

Juan Bravo. Pero, ¿cómo?

María la loca. (Dirigiéndose a todos) ¿Saben ustés quién es este sinvergüenza que se hace el enajenao y que parece que no me ha visto en su vida? ¡Pos es mi marido!

(Sorpresa en todos.)

Un vecino. ¡Atiza!

Juan Bravo. (Retrocediendo.) ¿El qué? (Pero, ¿qué lío es éste?)

Sagrario. ¿Su marido?

Señá Dolores. ¿Su marido?

María la loca. ¡Mi legitimo marido ante Dios y los hombres!

Sagrario. Pero, ¿es posible?

Señá Dolores. ¡Don Juan!

Juan Bravo. ¡No le hagan ustés caso! ¡Que esta mujer está loca!

María la loca. ¡Sí, sí! ¡Loca! ¡Que te crees tú eso!

Señá Dolores. (Cogiendo de un brazo a María la loca.) ¡Vamos! ¡Fuera de aquí!

María la loca. (Con altivez) ¡Señora! ¡A mí, ni tocarme! Yo de aquí no me muevo sin yevarme por delante a este hombre. ¿Se entera usté?

Señá Dolores. Pero, ¿qué dise?

Sagrario. ¿Tú no la oyes, Juan?

Señá Dolores. (A Juan Bravo.) ¡Explíquese usté, por Dios!

Sagrario. ¿No te defiendes?

Juan Bravo. Defenderme, ¿de qué? ¿Y cómo? ¡Si no sé quien es! ¡Si te juro que no la conozco!

María la loca. ¿Qué no me conoces? ¡Ay, qué rico! ¡Eso quisieras! (Empujando a Juan Bravo hacia la calle.) ¡Echa pa alante, granuja! ¡Anda pa casa! (A Sagrario.) Y usté, joven, perdone que le quite el novio, pero sepa usté que hace ya siete años que su novio me dió a mí el sí ante el altar de San Lorenzo, en la parroquia de las

chinches. ¡Siete años!... ¡Siete tiros que me debieron pegar antes de haberle mirao a la cara! ¡Ladrón! Porque, vamos, esto de ahora no es nuevo—¿sabe usté?—que van ya siete veces que me lleva realizá la misma faena. ¡Siete veces!

Un vecino. ¡A faena por año!

María la loca. ¡Usté lo ha dicho! Y siento que no estemos presentaos pa mandarle freir una gallineja por la interrupción. ¡Ha estao usté, pero que muy oportuno!

Un vecino. ¡Perdone usté!

María la loca. (A Sagrario y refiriéndose a Juan Bravo.) Aquí el pollo—¿se entera usté, joven?—tiene el buen humor de hacerse pasar por soltero y... ¡caiga lo que caiga! ¡Que casi siempre cae! ¡Las hay inocentes! Sentiría que con usté hubiese caído algo.

Sagrario. (Como una leona.) ¿Conmigo? Pero ¿por quién me toma usté, señora? ¡Ea, basta ya! ¡Largo de aquí! ¡Usté y él!

Juan Bravo. ¡Pero, Sagrario!...

Sagrario. ¡Si es verdá, porque es verdá, y si es mentira porque no me importa, largo de aquí los dos!

Seña Dolores ¡Sagrario!

Sagrario. ¡Fuera de mi lao! ¡Fuera de mi casa!

Juan Bravo. ¡Pero, bueno! ¡Ya se me subió a mí la calentura! ¡Sepamos de una vez quién es usté y lo que busca! Porque ni usté es mi mujer ni yo soy casado ni se trata aquí de otra cosa que de una broma pesada, que no estoy dispuesto a tolerar más tiempo. ¡Sépanlo ustés, señores (A Sagrario.), y entérate tú, que es lo que me interesa! ¡Esta mujer miente o está loca! ¡Y si está loca, que la encierren! ¡Se acabaron las contemplasiones!

María la loca. ¡Lo mismo me da, que me da lo mismo! ¡Tú te vienes conmigo o llamo a un guardia!

(Por el foro aparece PAQUILLO MANSO.)

Paquillo Manso. ¡Güenas noches!

María la loca. ¡Hombre! ¡El guardia! ¡Qué casualidad! Alguna vez habían de llegar a tiempo. (A Paquillo.) ¡Detenga usté, bajo mi responsabilidad, a este hombre!

Juan Bravo. ¡A mí no me detiene nadie!

María la loca. ¡Y vamos tos a la Comisaría!

Paquillo Manso. Lo siento mucho, pero estoy libre de servicio. Aparte de que aquí no hay Comisaría.

María la loca. Ni vergüenza. ¡Eso ya lo sé!

Paquillo Manso. ¡Señora!

María la loca. ¡Coja usté a ese hombre por su cuenta, guardia!

Paquillo Manso. ¡Pero oiga usté, señora!

María la loca. ¡Y vamos pa alante!

Juan Bravo. ¡Bueno está! Después de todo me alegro. En la Comisaría o donde sea se aclarará este lío ¡Y ya veremos quién tiene la razón! ¡Ande usté, guardia!...

Paquillo Manso. Pero si yo venía.. (Y mira a Sagrario.) (¡La verdá es que me pasan a mí unas cosas!...)

Juan Bravo. ¡Vamos! ¡Y acompáñenos usté, si quiere, señá Dolores!

Señá Dolores. ¡Vaya si quiero! Como que yo ya no duermo tranquila hasta saber en qué para esto. (Entra por la izquierda.)

Juan Bravo. ¡Y que vengan todos!

Paquillo Manso. (¡Es mi desgrasia! ¡Tan felises como me las prometía yo esta noche!...)

Juan Bravo. (A Paquillo) ¡Usté guía, amigo!

Paquillo Manso. Pero, mire usté que yo...

Juan Bravo. (Con energía.) ¡Usté guía!

Paquillo Manso. ¡Basta! (Se dispone a salir.)

María la loca. (A Juan Bravo,) Pero ¿es que vas a seguir la comedia, ladrón?

Juan Bravo. ¡Señora, que me deje usté en paz! La culpa la tienen las autoridades por dejarla a usté andar suelta.

María la loca. (Avanzando hacia Juan Bravo.) ¡Mira que si te cojo!...

Juan Bravo. (Asustado.) ¡Guardia!

Paquillo Manso (Interviniendo.) ¡Vamos!

Un vecino. ¡Vamos!

María la loca. ¡Ladrón! ¡Canalla! ¡Granuja! ¡Mal hombre!

Juan Bravo. ¡Guardia!

(En pelotón salen por el foro discutiendo y vociferando Juan Bravo y María la loca. Les siguen en actitud pacificadora Paquillo Manso, Manolita, Remedios, Una vecina y Un vecino.)

Míster Crooke. ¡Oh, las bellas costumbres de este país de maravilla! ¡Qué divertido todo! (Sale también por el foro.)

Sagrario. (Deteniendo a la SEÑÁ DOLORES, que aparece por la izquierda con un mantón puesto.) ¿A dónde va usté, madre?

Señá Dolores. ¡A la Aduana con eyos! ¡No fartaba otra cosa! Pa enterarme de tó y pa si resurta que es casá dejarla viuda. ¡Pero en el arto! ¡Por mi salú! (Vase por el foro.)

Sagrario. (Después de una pausa.) ¡Qué cosas! Parese que lo hase Dios. ¿Y por qué me he alegrao yo en vez de sentirlo? ¡Juan Bravo, casao! ¡Ojalá no haya mentío esa mujé! ¡Ojalá lo sea! (Se sienta y apoya la cabeza sobre la palma

de la mano. Queda como abstráida en sus pensamientos. Lejanos se oyen rumores indecisos, ecos de coplas, rasgueos de guitarras y crepitar de hogueras.)

Música

Si yo te quiero orvidá
¿por qué me acuerdo de ti?
¡Muy lejos pienso que estás
y estás muy serca de mí!
¡Pena me dá
de que sea así!
¡Quiero orvidá
pa no sufrir!

—

(Por el foro entra JOSÉ MANUEL)

José Manuel. ¡Sagrario!

Sagrario. (Con alegría.) ¡José Manué!
¿Qué vienes buscando aquí?

José Manuel.
Ni yo mismito lo sé.
¡No te lo puedo desí!

—

El aire me empujó.
¡Me trajo el aire!

Sagrario. No fué tu corasón.
¡Lástima grande!

—

José Manuel. ¡Si fué mi corasón,
chiquiya mía;
er fué er que me empujó
pa tu verita!

—

Mi corazón me trajo
y por él vengo;
por él, que tú lo tienes
prisionero.

—

En ti dejé
mi corasón un día;
vengo por él.
¡Entrégalo, chiquiya!

—

Si tú lo has de tirar,
¿pa qué lo quieres?
¡Mejor pa mí será
que me lo entregues!

—

Sagrario.
¿Quién te dijo tar cosa, moso embustero?
¿Quién te engañó a sabiendas de que mentía?
¡Yo no le he dicho a nadie que no te quiero,
si te quiero, chiquiyo, más cada día!

—

Eres tú quien me insurtas, quien me abandona;
eres tú quien me matas, con tu desvío;
eres tú quien reniegas de mi persona
y vas disiendo: «¡De eya, jamás me fío!».

—

José Manuel. Ten cariá
de quien sin tí marcha a tientas
y no puede caminá...

—

Sagrario. En mí quedó
tu corasón un día,
y lo guardé
igual que una reliquia.

—

José Manuel. Si lo guardaste así
bien lo has guardado;
no me lo des, que a ti
lo he consagrado.

—

Sagrario. José Manué:
no sé ni cómo has pensao
que te dejara e queré.

—

Eres tú quien me insurtas, quien me abandona;
eres tú quien me matas, con tu desvío;
eres tú quien reniegas de mi persona
y vas disiendo: «¡De eya, jamás me fío!».

—

José Manuel. (Al mismo tiempo que Sagrario dice lo anterior..)
Perdóname, Sagrario, que yo te juro
que nunca vorveremos a disgustarnos.
¡De tu cariño grande ya estoy seguro!
¡No habrá fuersa que pueda desapartarnos!

—

Sagrario. ¡Grasias a Dios
que has vuerto ar cariño mío
y has recobrao la rasón!
José Manuel. ¡Los selos mardesíos!
Sagrario. ¡Ya pasaron!
Los dos. ¡Marditos sean de Dios!
(Cesa la música.)

Hablado

(Por el foro aparece DON DIEGO con cara de pascuas.)

Don Diego. ¿Qué hay? ¿Se han firmao las pases?

(Sagrario y José Manuel corren hacia Don Diego con los brazos abiertos.)

José Manuel. ¡Padre!

Sagrario. ¡Don Diego!

José Manuel. ¡Qué contento estoy!

Don Diego. Pos mira la cara de tu novia, que parese que le han metío una lusesita por dentro. ¡Naturá, señó! Como que lo que está de Dios tiene que sé, aunque no quieran más de cuatro. (A Sagrario.) ¿Qué te dije? Al estorbo de don Juan lo quito yo esta noche de enmedio. ¡Y ya está quitao!

Sagrario. ¡Ah! ¿Pero usté...?

Don Diego. ¿Pos qué te pensabas? ¿No ha estao aquí una mujé de malas purgas a darle un pregón y a yevárselo poco menos que a rastras, disiéndole que era su marío?

Sagrario. ¡Aquí ha estao, sí, señó!

Don Diego. ¡Invensión mía!

Sagrario. ¿Cómo?

José Manuel. ¿Es que usté se ha permitío...?

Don Diego. ¡Anda, anda! ¡Claro que me he permitío! ¿Te iba a dejá en la disposisión que estabas esta tarde? ¿A dos deos de la meningitis? ¡Ni por pienso!

Sagrario. Entonses, ¿no es verdá que Juan Bravo era casao?

Don Diego. ¡Qué ha de serlo! Pero conseguío el efecto, que venga a deshaserlo otro. ¡Recursos, hija, recursos!

Sagrario. ¡Vamos! ¡Es usté de lo que no hay! ¡Así protestaba el hombre! ¡Como que hay que ponerse en su caso!

Don Diego. ¿Ha quedao bien la muchacha?

Sagrario. Si yega a sé su marío de veras, no lo hase mejó.

Don Diego. Es mu lista María la loca; una madrileña castisa, camarera de la Servesería alemana, güena amiguita mía y que, mediante la entrega de dos duros, se ha prestao a tó.

José Manuel. ¡Pero eso ha sío una supercheria, padre! Yo no estaba enterao...

Don Diego. Si te parece vorveremos las cosas a su origen.

Sagrario. Lo malo es ahora, cuando se sepa la verdá.

Don Diego. La verdá no se sabrá nunca, porque a la loca no la hasen hablá ni poniéndola en un potro.

Sagrario. ¡Pobre Juan Bravo! No hago más que acordarme de é.

José Manuel. (Celoso.) ¡Pos tú no tienes que acordarte de nadie!

Sagrario. ¿Ya empiesas, José Manué?

Don Diego. ¡Genio y figura!...

José Manuel. Perdóname.

Sagrario. Me acuerdo de é pa reirme. Con rasón ponía er grito en er sielo. (A don Diego.) ¡Es usté er demonio; es desí, más que er demonio, porque ni ar demonio se le ocurre lo que a usté se le ha ocurrío, don Diego!

Don Diego. ¡Recursos, hija, recursos! Que yo, en lugá de siserone, me he debío dedicá a escribí pa er teatro.

(Por el foro aparecen LA SUEGRA DE JUAN BRAVO y su hija LA MUJER DE JUAN BRAVO, dos madrileñas netas y puras. Ambas vienen de mantón. La madre es la encarnacion del descaro y la hija una codorniz sencilla.)

La mujer ¿Hay permiso?

La suegra. ¡Ni permiso ni ná! ¡Tira pa dentro, chica! ¡Permiso!... ¡Pos ni que fueras a entrar en el salón del trono!

La mujer. ¡Madre!

La suegra. ¡Santas y verbeneras!

Sagrario. ¿Qué se les ofrese a ustedes?

La suegra. (A Petra y refiriéndose a Sagrario.) Por las señas que nos han dao ésta debe de ser la interfecta. (A Sagrario.) ¿Se llama usté Sagrario por un casual?

José Manuel. ¡Se yama Sagrario porque así le pusieron en la pila!

La suegra. Agradecida. Aquí el joven, ¿es su procurador?

Don Diego. Aquí el joven es su novio.

La suegra. ¿Su novio? Entonces no es ésta. Será otra.

José Manuel. Pero, ¿de qué se trata?

La suegra. Verá usté, joven... ¿Se puede una sentar?

Sagrario. Siéntense ustedes. (Se sientan todos.)

La suegra. Agradecida. Nosotras veníamos porque nos han dicho que aquí vive una infeliz que tiene relaciones con un sinvergüenza que se llama Juan Bravo.

Sagrario.
José Manuel. } ¿Eh?
Don Diego.

La suegra. Y veníamos pa decirle que no se fíe de ese hombre, porque ese hombre, pa desgracia de la que lo tiene que aguantar, está casao.

Sagrario.
José Manuel. } ¿Casao?
Don Diego.

La suegra. Casao por lo civil y por la iglesia. ¡Con toas las de la ley! ¡Y que además tiene de chicos pa poner un continental!

José Manuel. (¡Arrea!)

Sagrario. (¡Asúcar!)

Don Diego. (¡Pero esto es una chufla que me están gastando!)

La suegra. Así que ella verá el partido que se le ofrece. Una buena alma nos ha dao el soplo, y a nosotras nos ha faltao tiempo pa plantarnos aquí, sin tener en cuenta lo intempestivo de la hora.

Sagrario. Pero, bueno; ¿ustedes están seguras de lo que disen?

La suegra. ¿Cómo seguras? ¡Segurismas! ¡Calcule usté que ésta es su mujer y yo su suegra! ¡Usté verá!

Don Diego. (¡En mi vía me ha pasao de otra!)

José Manuel. ¡Padre!

Don Diego. ¡Cáyate, hombre!

José Manuel. ¿No serán también mandás por usté?

Don Diego. ¿Por mí? ¡Si me estoy peyizcando!

La suegra. Nosotras habemos llegao ayer de Madriz yen el acto que nos han puesto al corriente de lo que ocurría, lo cual que no nos ha extrañao ni unas miajas, porque mi yerno tiene la comodidaz de dedicarse a ese sport. ¡Higienista que es él! ¡Pa morderle en la nuca! (A Petra, que solloza.) ¡No llores, chica! A esta pobre es que la está consumiendo. Porque con esto de la re presentación de los toros—¡mal fin le dé Dios!—va sem brando el pánico en las provincias. Donde quiera que va deja rastro. ¡Claro está, como se hace pasar por cé· libe, engaña a cualquiera!

Don Diego. ¡Qué sélibe!

Sagrario. Pos aquí, sí es sierto que ese hombre que usté dise ha pretendío engañar a una muchacha, pero le ha fayao er tiro.

La suegra. ¡Menos mal!

Sagrario. Y si quieren ustedes esperarlo, no debe tardá.

José Manuel. (Levantándose al oir ruido en la calle.) ¡Como que ya está ahí! Digo, me parese .. (Yendo hasta la puerta del foro.) ¡Ahí está! (Se levantan todos.)

Sagrario. ¡Pos escóndanse ustedes pa darle un susto! (Y las lleva hacia la puerta de su casa.)

La suegra. ¡Y que se lo damos, pero que de muerte! ¡Vaya!

La mujer. (Sollozando.) ¡Ay, madre!

La suegra. ¡Que no llores, chica! (Madre e hija entran por la izquierda.)

Sagrario. (A José Manuel y don Diego.) ¡Y escóndanse ustedes también!

José Manuel. ¡Más vivo!

Don Diego. (Sin salir de su asombro.) ¡Bueno! ¡Yo estoy como er que ve visiones! (Padre e hijo entran por la derecha.)

Sagrario. ¡Qué cosas!

(Por el foro entran en tropel la SEÑÁ DOLORES, JUAN BRAVO, MANOLITA, REMEDIOS, MÍSTER CROOKE, una VECINA y un VECINO.)

Señá Dolores. (Resplandeciente.) ¡Si tenía que sé! ¡Si no había más remedio! (A su hija, presentándole a Juan Bravo.) ¡Aquí tienes a este hombre inmaculao! Esa mujé ha cantao la gayina delante del inspertor de guardia y tó se ha descubierto. Er recursito ha sío una cosa inventá por er granuja de don Diego.

Juan Bravo. ¡Que en donde lo coja lo hago cisco!

Señá Dolores. Pero le ha salío la mosa respondona.

Juan Bravo. ¡Si ya lo decía yo, señor! ¡Si era una mujer de pega!

(Por la izquierda salen LA SUEGRA DE JUAN BRAVO y LA MUJER DE JUAN BRAVO.)

La suegra. ¡Hola, hombre!

Juan Bravo. (Aterrado.) ¡Rediez, mi suegra! (Por la derecha salen DON DIEGO y JOSÉ MANUEL.) ¡Rediez, mi mujer!

Don Diego. (Dándole una palmadita en el hombro a Juan Bravo y señalándole a su mujer.) Y ésta, ¿es de pega?

Juan Bravo. Esta es de pega... ¡Y hace daño! Pies, ¿pa qué os quiero? (Y sale corriendo por el foro.)

La suegra. ¡Como que te me vas a ir sin un arañazo! ¡Cá! (Y echa a correr, recogiéndose la falda. Desaparece.)

La mujer. (Corriendo detrás de su madre.) ¡Madre! ¡Madre! (Vase por el foro.)

Señá Dolores. Pero, ¿ésto qué es?

Don Diego. Pos esto es, señá Dolores, que lo inventao por don Diego ha tenío una triste realidá. ¡Que era casao!

Señá Dolores. ¿Casao? ¿Y has vuerto con José Manué?

Sagrario. ¡Sí, madre! A mordiscos, a sofiones, pero él es el único que me quiere de veras.

Señá Dolores. ¡En casera me queo!

Míster Crooke. ¡Oh, no se sabe nada; que este muchacho ha de ganar muchísimo dinero!

Don Diego. ¡Pero será pa su padre! Pa su suegra... ¡las narises!

(Por el foro entra, jadeante, PAQUILLO MANSO.)

Paquillo Manso. ¡Y a ver si ahora me dejan hablar con Sagrario! (Hurtando el bulto al encontrarse con José Manuel.) (¡Agua!)

José Manuel. Con ésta, ni usté ni nadie
tienen ya pa qué hablar nada.

Sagrario. (Al público.)
¡Y aquí termina el sainete;
perdonad sus muchas faltas!

FIN

Madrid, 24 mayo 1921.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El caprichito, entremés. (Segunda edicion.)

¡Te la debo, Santa Rita!, entremés. (Tercera edición.)

Los ídolos, comedia en dos actos. (*)

El pañolón de Manila, sainete en cuatro cuadros, con música de los maestros Marquina y Vela.

Correo de gabinete, entremés. (*)

El Patio de los Naranjos, sainete, con música del maestro Pablo Luna. (*)

Punta de viuda, entremés.

El milagro de las rosas, comedia en dos actos. (*)

La primera de feria, zarzuela dramática en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.

Primavera de la vida, comedia en un acto.

La casa de los pájaros, drama en cuatro actos.

Mañanita de San Juan, entremés. (Segunda edición.)

Trini la Clavellina, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro Pablo Luna.

El huerto de los rosales, zarzuela en dos actos, divididos en cuatro cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.

La sal del cariño, entremés.

La venda de los ojos, entremés con ilustraciones de música popular adaptada por el maestro José Serrano.

La caseta de la feria, comedia en tres actos.

La diablesa, comedia en tres actos, en prosa, un telón anunciador a manera de prólogo y un intermedio en verso.

Alfonso XII, 13, comedia en tres actos.

La mujer de su casa, sainete.

El Otelo del barrio, sainete en tres cuadros, con música del maestro Jacinto Guerrero.

La copla vengadora, novela.

La Casablanca, novela. (Publicadas en «La novela de bolsillo.»)

(*) En colaboración con Julio Pellicer.

Precio: DOS pesetas